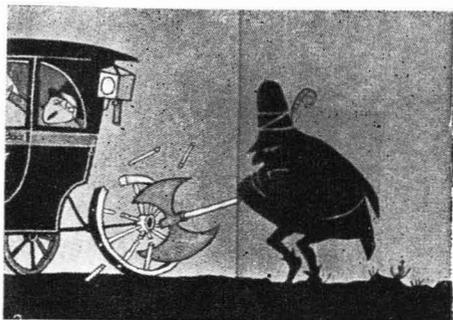


La feria de los días

I

Es vano discutir los problemas mexicanos como si México fuera una entidad abstracta, fuera del tiempo y del espacio, al margen de las circunstancias históricas, geográficas y económicas que condicionan la vida nacional. Juzgar nuestra política y nuestro desenvolvimiento sobre ba-



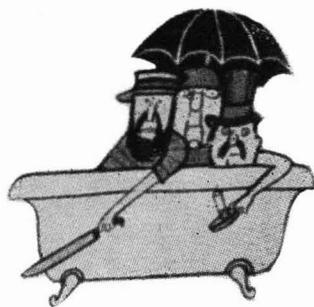
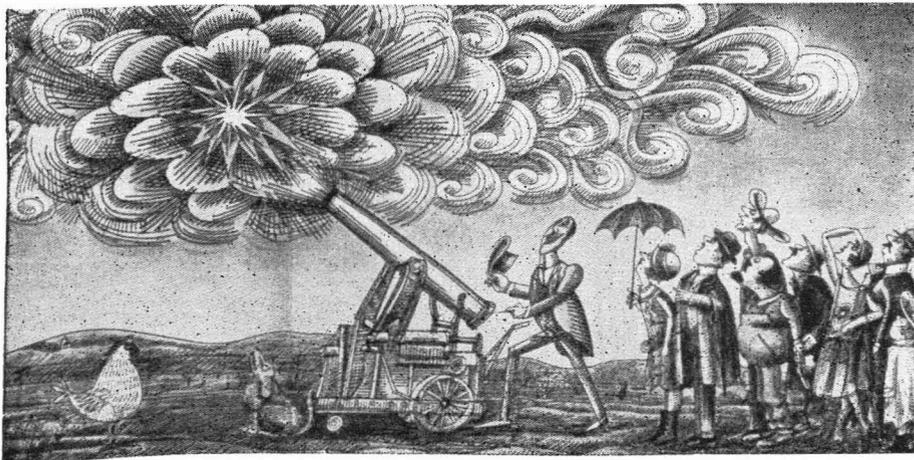
ses románticas y con criterios poco o nada aplicables a nuestra realidad apenas conduce —huelga decirlo— a una serie de especulaciones ociosas que no compensan ni siquiera la tinta que se gasta en ellas.

II

Pero eso no significa que los problemas de México no hayan de ser debatidos. Muy al contrario, pueden y deben plantearse sin rodeos ni timideces. En su ponderación constante y diversa reside la única posibilidad de un progreso que vaya más allá de las fórmulas dogmáticas que lo aseguran.

III

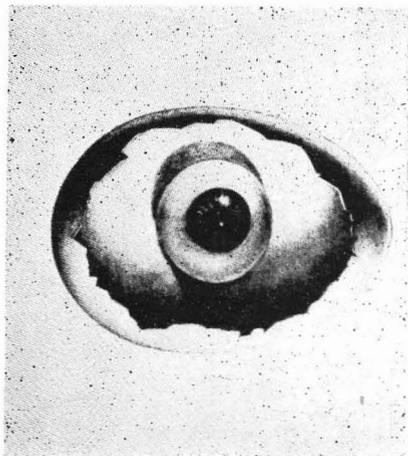
Y en todo caso resulta preferible pecar por exceso de ambición y espí-



ritu soñador, que no por escrúpulo abstencionista. La inquietud de buena ley acaba casi siempre encontrando el cauce justo que la vuelve fructífera. El silencio medroso se agota en sí propio, y sólo coadyuva a la conformidad estéril y a la inercia fundamental del oportunismo.

IV

Hora es ya de emprender estudios sistemáticos y fincados en la reali-



dad de nuestro país. Sobran los gritos demagógicos y la declamación de principios generales. Hacen falta las exploraciones firmes, que partan de un pleno conocimiento de la mate-

ria y tiendan al cumplimiento de reformas factibles y positivas. De hecho, tales investigaciones se han iniciado, dentro y fuera del ámbito burocrático, y nada impide que una atención más amplia las acrezca y profundice.

V

Hora es ya también, sin embargo, de que nuestros gobiernos, o una im-



portante fracción de quienes los constituyen, dejen de ver con automática suspicacia la opinión disidente. Semejante actitud inhibe la crítica serena, y no pocas veces tuerce rumbos originalmente productivos.

VI

En México hay lugar para el afrontamiento de las ideas. Y no implica peligro alguno. Ya hemos visto cómo, en asuntos de máxima trascendencia, las autoridades legítimas cuentan con la confianza y el apoyo del pueblo. Tal acontece —para consignar un ejemplo que no es único— con la postura oficial en cuestiones internacionales; digna posición que, al buscar la paz del mundo y el respeto a la autodeterminación, halla a su alrededor, sin esfuerzo, una atmósfera solidaria infrecuente en nuestra América. Éste es, pues, el momento de ensanchar las puertas y de marchar hacia adelante dejando a un lado los caducos temores que estorban el camino justo.

—J. G. T.